

VIVIR SEGÚN EL EVANGELIO

Carta de la Conferencia de la Familia Franciscana en preparación al VIII Centenario de la aprobación de la Regla

La Familia Franciscana —Primera, Segunda y Tercera Orden, en sus diversas y diferentes formas, los Institutos seculares y los otros movimientos que hacen referencia a Francisco— se preparan para celebrar en 2009 un particular acontecimiento histórico. No es cuestión de conmemorar una figura, Francisco, Clara o cualquier otro, sino de traer a nuestra memoria el origen del carisma franciscano. Hace ocho siglos que una docena de hombres se presentaron al Papa Inocencio III para pedirle que reconociese y aprobase su proyecto de vida evangélica. Unos veinte años más tarde (1226), el inspirador y guía de este grupo, Francisco de Asís, así describe en su Testamento lo que sucedió entonces: «Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo lo hice escribir en pocas palabras y sencillamente y el señor papa me lo confirmó.» Los hombres reunidos en torno a Francisco se preguntaban *¿qué hacer?*, sin que ninguno fuese capaz de indicarlo, y he aquí que Dios mismo les llama con su Palabra a *vivir* el santo Evangelio de Cristo. Convencidos de que aquella era su vocación, quisieron someter su decisión al discernimiento y aprobación de la Iglesia, representada por el Papa de Roma. Prudente y al principio oralmente, ésta no les faltó. El texto presentado al Papa —la *protoregla*: programa y descripción de vida más que un reglamento— fue estudiado, precisado, enriquecido a lo largo de los años, al principio bajo la forma de la *Regla no bulada* en sus diversas versiones, luego, definitivamente confirmado con un escrito pontificio (*Regla bulada de 1223*) y recordado por Francisco en su Testamento (1226). Aunque el texto se refiere en primer lugar al grupo de los hermanos, como veremos a continuación, éste quedaba abierto a todos los estados de la vida cristiana.

EL CORAZÓN DE LA VOCACIÓN: LA VIDA SEGÚN EL EVANGELIO

Cuando se trata de presentar globalmente la Regla, de indicar brevemente el contenido central, de poner un título, es siempre la palabra «Evangelio» la

que aparece con evidencia: «vivir según la forma del santo Evangelio» (1R prol. 2); «ésta es la vida según el Evangelio de Jesucristo» (1R prol. 2); «la regla y la vida de los Hermanos menores es ésta: observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2R 1,1). Algunos años más tarde (1253), cuando Clara adapta la Regla de Francisco a la vida de las Hermanas Pobres, utilizará las mismas expresiones (RCI 1,1). Francisco pide en la *Carta a todos los fieles* que presenta una forma de vida, se observen «los preceptos y los consejos» propuestos por Cristo en el Evangelio. Se entiende que el término «Evangelio» indica el corazón de la vocación franciscana, es la llave que abre la entrada al inmenso espacio de la «buena noticia» de Dios y de Jesús. Pero, ¿qué sentido da Francisco a este vocablo y cómo nosotros hoy podemos y debemos comprenderlo y llevarlo a la práctica?

Cuando leemos las Reglas, teniendo en cuenta el conjunto de los textos de Francisco, constatamos que el Evangelio no es sólo tomar en serio las exigencias de una vida fraterna, vivida en una pobreza radical —renuncia a la propiedad comunitaria y personal, al dinero, al recurso de la limosna— sino que es, sobre todo, asumir el concepto de autoridad que Francisco propone —maestros que se hacen siervos, lavar los pies— con su invitación a hacerse «menores», pequeños, sometidos a toda criatura, hermanos de todos los hombres. Para Francisco, aquí se halla el corazón del mensaje evangélico.

Por lo tanto, más que la «pobreza y la humildad y el santo Evangelio de Jesucristo» (2R 12,4; RCI 12,4), los hermanos toman como modelo en su comportamiento la humildad de Dios, del Verbo del Padre, santo y glorioso, que ha tomado carne de nuestra humanidad y fragilidad y ha elegido la pobreza (cf. 2CtaF 4-5). Descubrimos, por tanto, que la visión de Francisco nos revela el rostro de Dios y el del hombre, precisamente, tal como los muestra el Evangelio.

Esta «buena y alegre noticia» nos lleva, en primer lugar, a la revelación del misterio del *Dios-Trinidad*, que por su santo amor nos ha abierto el acceso a su vida de comunión y se constituye en meta primera de todas nuestras búsquedas y de todos nuestros pasos. Y al mismo tiempo nos da el *conocimiento de nosotros mismos*, «la más noble de sus criaturas» (3CtaCI 21), imagen y semejanza, en su intimidad y en su cuerpo, de Dios y de su Cristo, de gran elevación y, paradójicamente, limitada, pobre, pequeña, pecadora, y a causa de esto llamada a la «penitencia» —conversión al Evangelio— jamás terminada, siempre comenzando de nuevo. *El amor del prójimo*, cualquiera que sea «amigo o enemigo, ladrón o bandido, cristiano o no», es, con el amor a Dios y en igualdad con él, otro rasgo evangélico radical. Amor que debe hacerse concreto, eficaz, hecho de servicio humilde, marcado por la atención «materna», excluyendo todas las formas de

dominio. Esto consiente la creación de una verdadera «fraternidad», nombre que Francisco da al primer grupo de hermanos. Realizada primero entre los hermanos, debe permanecer abierta y extenderse a todos los hombres y, juntamente, a todos los seres y elementos del mundo.

A grandes rasgos, son éstos los elementos básicos tomados del Evangelio, que Francisco propone como camino de vida. La Iglesia, reconociéndolos como propios y aprobando la Regla, ha dado origen al movimiento franciscano. Son éstos los valores que estamos llamados a vivir al comienzo del tercer milenio con nuestras riquezas y debilidades. Frente a un mundo tecnológico e informatizado, con sus crisis: guerras viles, terrorismo, pobreza, globalización, la fe cristiana está expuesta a todas las preguntas y desafíos sobre Dios, sobre su entrada en la historia con la persona de Jesús, sobre la diversidad de las religiones y de su relación, sobre la naturaleza del hombre y el sentido que ha de dar a la vida y a la muerte. Esta situación de crisis es, al mismo tiempo, un gran desafío para que la Iglesia viva la nueva evangelización y para que la Familia Franciscana viva su propia identidad, consciente de que su puesto y su incidencia son frágiles y contestados. Nuestra Familia Franciscana está debilitada, en particular en el mundo europeo, a causa de su descenso numérico, de las incertidumbres sobre nuestra identidad y con la tentación de replegarse y desanimarse. Sin embargo, ¡la identidad franciscana continúa siendo un desafío para el mundo! Es nuestra referencia al Evangelio, de la que la regla es como la síntesis, la que sólo puede ayudarnos a responder con confianza, fantasía y valentía a los muchos y múltiples desafíos.

EVANGELIO PARA TODOS

La celebración del octavo centenario de la aprobación de la Regla primitiva —la «protoregla»— implica evidentemente, en primer lugar, a los hermanos de la Primera Orden, que con su profesión se comprometen a ponerla como fundamento de su vida personal y comunitaria. Pero la sustancia de este texto —su referencia al Evangelio es su permanente riqueza— se dirige a todos los cristianos y, de manera especial, a los hijos de Francisco. La vocación a vivir radicalmente el mensaje de Jesús, sus promesas y sus exigencias, que Francisco y sus compañeros entendieron y siguieron, continúan siendo de actualidad para todos los tiempos y para todos los estados de vida.

De hecho, algunos años después, en 1212, Clara de Asís fue tocada por la gracia para dar origen a la Orden de las Hermanas Pobres, y más tarde (1252), recuperará la Regla de San Francisco en casi toda su integridad. Por otra parte, muy pronto, personas y grupos, hombres y mujeres, viviendo en su estado de

vida —familia, profesión— fueron atraídos por la propuesta evangélica franciscana, como nos atestiguan algunos escritos que Francisco les dirigió: las dos *Cartas a todos los fieles*, así como el contenido del capítulo veintitrés de la *Regla no bulada*, que constituyen la base y la referencia espiritual, de los que nacerá con el tiempo la *Tercera Orden Franciscana*. La Familia Franciscana en nuestros días todavía se compone de estas tres ramas: los Hermanos Menores, divididos en las tres obediencias; las Hermanas Pobres - Clarisas; el grupo llamado «Tercera Orden», el más numeroso, en su vertiente religiosa, hermanas y hermanos de la TOR, y en su vertiente secular, la OFS. A éstos debemos añadir los miembros de los Institutos seculares franciscanos nacidos en el siglo pasado. Todos se refieren explícitamente a la inspiración evangélica de Francisco y toman sus textos espirituales como base de su legislación. Signo de la irradiación de la propuesta evangélico-franciscana es la existencia fuera de la comunión con la Iglesia Católica, en las Iglesias Anglicana y Luterana, de fraternidades de hombres y mujeres que recuerdan y son de inspiración franciscana. A parte de esta familia de perfiles jurídicos definidos, muchos hombres y mujeres se interesan por el carisma franciscano, lo estudian y se inspiran: son los amigos de Francisco.

La inspiración que Francisco y sus hermanos avivaron, continúa animando a la Iglesia y nos llega a todos los cristianos y a «todos los hombres de buena voluntad». Este centenario, pues, concierne a todos.

TRES PASOS PARA PREPARAR EL CENTENARIO

Todos estamos invitados a la *acción de gracias* por el don que Dios nos ha hecho a nosotros y a su Iglesia, llamando a los cristianos, por la intercesión de Francisco y de sus compañeros, a acoger la totalidad del Evangelio de Jesucristo para una nueva forma de vivir. Esta vocación —la gracia del origen— no ha cesado de resonar, de ser comprendida, de manifestarse en la vida, y he aquí que, después de ocho siglos, alcanza a una multitud innumerable de hombres y mujeres de toda condición y estado de vida. Muchos hombres y mujeres, ilustres o desconocidos, han dado frutos de santidad, de sabiduría, de ciencia, de acercamiento a los pobres, de servicio a la Iglesia y a la humanidad, de testimonio con su sangre. Prolongándose y enriqueciéndose a lo largo de los siglos con variedad de aportaciones, la corriente espiritual franciscana, como un río de vida, no ha cesado jamás de impregnarnos a nosotros y a la Iglesia. Hoy, en este recodo del tercer milenio, gracias a un mejor conocimiento de los escritos de Francisco y a una visión más precisa y más amplia de lo que es el centro de su proyecto originario, su mensaje se nos propone como estímulo, aliciente, pan para el camino.

A esta gozosa acción de gracia hay que unir aún el humilde *reconocimiento de la distancia* entre la propuesta evangélica y el modo con el que se ha vivido en el transcurso de nuestra larga y tumultuosa historia. A pesar del esfuerzo permanente por recuperar y «reformar», nuestro movimiento no se halla todavía a la altura de las exigencias del Evangelio. Si no tenemos ni de qué acusar ni de qué condenar a nuestros padres, debemos reconocer ante la Iglesia y el mundo que nuestra historia y nuestra herencia llevan consigo sombras, tanto en el pasado como en el presente.

Este doble movimiento —acción de gracias por invitar de nuevo a vivir el Evangelio y la purificación de la memoria como reconocimiento de las sombras de nuestra familia— deben conducirnos a *afrentar los desafíos de la refundación*. La experiencia de ocho siglos nos enseña que, como Francisco, tenemos que iniciar continuamente nuestro itinerario de penitencia evangélica que es conversión, poniendo en práctica con gestos concretos para encarnar en la vida, personal y comunitaria de cada día, algo de la novedad y de la juventud del Evangelio. Desde el primer siglo de nuestra historia no hemos cesado de «renacer» (cf. Jn 3,3), como se atestigua todavía hoy por nuestras diferentes ramas y por los centenares de nuestros Institutos. Y es por esto que debemos llegar a las raíces, a los «cimientos», es decir, descubrir con maravilla la «fuerza de Dios», el Evangelio (Rm 1, 16), la buena noticia del Amor de Dios para con nosotros y de la comunión que nos ofrece con Él. Sólo sobre este fundamento se puede construir un edificio sólido, una verdadera comunidad en misión en la Iglesia y en el mundo. Este momento de gracia —*kairos*— que vivimos ahora, nos pone a prueba revelándonos nuestras debilidades, pero invitándonos, sobre todo, a contar con la potencia de Dios.

CONCLUSIÓN

Esta nuestra Carta quiere ser un primer anuncio. Lo hacemos con tres años de antelación para afirmar que el acontecimiento que nos preparamos a celebrar nos concierne a todos: ¡no podemos vivirlo cada uno por nuestra cuenta! Es también una invitación para comenzar inmediatamente a dar gracias por el don que Dios hizo a la Iglesia y al mundo, cuando el proyecto de Francisco y de sus hermanos de vivir «según el Evangelio de Jesucristo» fue aprobado en 1209 por el Papa Inocencio III. Tenemos, a distancia de ocho siglos, la gracia de ser los herederos de este proyecto y el serio compromiso de ser sus continuadores.

Hermanos y Hermanas, «y restituyamos todos los bienes al Señor Dios altísimo y sumo,

y reconozcamos que todos son suyos, y démosle gracias por todos ellos, ya que todos los bienes de él proceden» (1R 17, 17).

Roma, 29 de noviembre de 2006.

Fiesta de Todos los Santos Franciscanos

Fr. Mauro Jöhri, OFMCap
Ministro general
Presidente CFF

Fr. José Rodríguez Carballo, OFM
Ministro general

Fr. Joachim Giermek, OFMConv
Ministro general

Fr. Ilija Živkovič, TOR
Ministro general

Encarnación Del Pozo, OFS
Ministra general

Sr. Anísia Schneider, OSF
Presidenta CFI-TOR